

PROLOGO

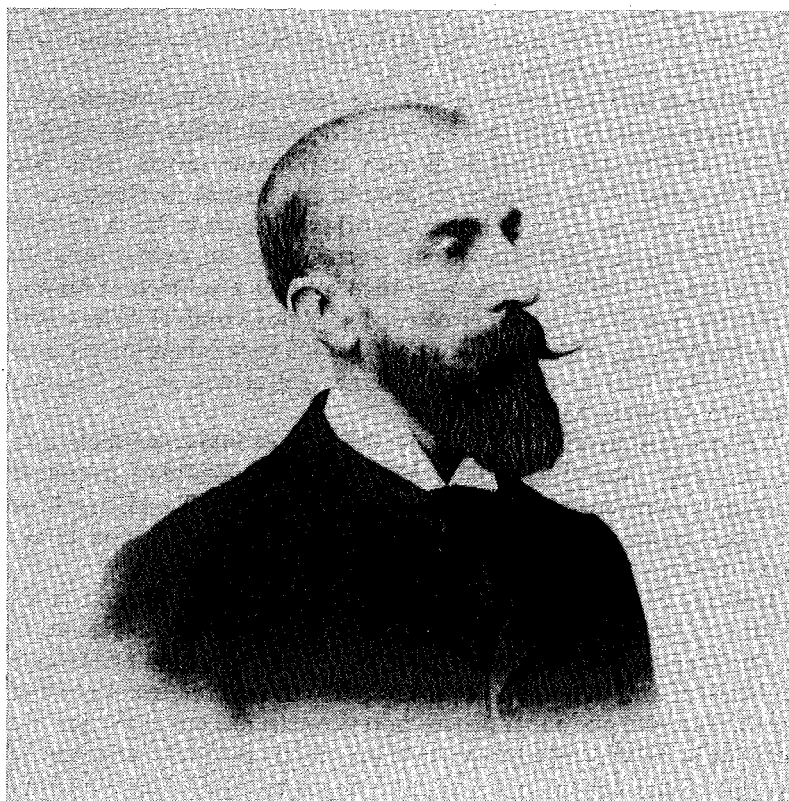
En el ánimo de resucitar textos poco conocidos fuera de los círculos obligados a ello, bien por lo específico del tema bien por la corta tirada y difusión de aquellos, parecía oportuno reeditar con motivo de la celebración de un curso sobre *La Muerte y la Arquitectura*, dentro de las jornadas que sobre **Medievalismo y Neomedievalismo en la arquitectura española** se vienen desarrollando anualmente en Avila, uno de los pocos libros que han dedicado su atención a la arquitectura funeraria española del siglo XIX. En efecto, al margen de los *Monumentos funerarios* publicados por el arquitecto y editor Juan Bautista Pons a comienzos de nuestro siglo, dando a conocer aquellos panteones de porte monumental levantados en los cementerios barceloneses, no conozco otra obra que ésta que ahora presentamos debida al arquitecto Enrique María Repullés (E.M.R.).

Se trata de una breve monografía que redactó Repullés, dentro de la excelente colección de la BIBLIOTECA DEL «RESUMEN DE ARQUITECTURA», nombre este último de la muy importante revista de la Sociedad Central de Arquitectos, editada en Madrid por Antero de Oteyza en el año 1899, si bien en la portada de la edición original figura la fecha de diciembre de 1898. Así pues, prácticamente ha transcurrido un siglo y todavía sigue siendo la única publicación monográfica sobre la arquitectura funeraria de los cementerios de Madrid, algunos de los cuales, como el de San Isidro, ya fue comparado por Mesonero Romanos, quien yace precisamente en él, con el de Pére-Lachaise en París, paradigma del cementerio monumental y romántico del siglo XIX.

Conocemos no obstante recientes estudios prontos a publicar que compensarán este saber incompleto acerca de una realidad arquitectónica pasada que, como en la ciudad de los vivos, conoce hoy la codicia y la especulación que están acabando, ante la general indiferencia, con la singular belleza de estos remansos de paz, archivos de la memoria.

Enrique María Repullés y Vargas (1845-1922), estudió en la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid formándose a la sombra de uno de sus más destacados profesores, don Aníbal Alvarez. Tras los primeros éxitos, Repullés acabaría siendo uno de los arquitectos más interesantes de nuestro siglo XIX, no sólo por haber proyectado y construido mucho y bien, desde el edificio de la Bolsa de Madrid hasta la inacabada Basílica Teresiana de Alba de Tormes (Salamanca), o por ser uno de los restauradores más señalados

del pasado siglo (iglesias de San Vicente, Santo Tomás, Santa Teresa y las murallas en Avila, San Jerónimo de Madrid, catedrales nueva y vieja de Salamanca, San Martín de Segovía, etc.) sino por haber animado el panorama crítico de la arquitectura española a través de artículos y monografías sobre arquitectos, haciendo traducciones, dando noticias de lo que allende de nuestras fronteras sucedía, impulsando los concursos de arquitectura, exposiciones, jurados, premios, o bien dirigiendo colecciones como ésta de la BIBLIOTECA DEL «RESUMEN DE ARQUITECTURA», que llegó a publicar ocho títulos*, algunos redactados por el propio Repullés, como la monografía dedicada a *La Basílica de los Santos Mártires Vicente, Sabina y Crispeteta en Avila* (1894) o ésta que ahora prologamos que fue la última de la serie. Repullés murió dejando una larga y desigual obra, y una vida de trabajo recompensada con medallas y honores, habiendo gozado de gran predicamento entre las generaciones de arquitectos más jóvenes. El pintor Sorolla y el escultor Benlliure perpetuaron su rostro humano. En poder de sus amigos abulenses hay algunas fotografías del arquitecto, una de las cuales se reproduce aquí.



En esta ocasión Repullés hace una personal selección de panteones levantados en las Sacramentales de San Isidro, San Justo y San Lorenzo, tres de los cementerios madrileños que se levantan en la orilla derecha del río Manzanares, en otro tiempo distantes de la ciudad y hoy rodeados por ella. En pocas palabras puede decirse que frente a la opción del Cementerio General, entendido éste como Servicio Público, las Sacramentales son enterramientos propios de determinadas Cofradías adscritas a las viejas parroquias madrileñas. Estas, ante la prohibición del enterramiento en las iglesias y atrios inmediatos, quisieron seguir conservando los viejos usos y buenos beneficios —Madoz habla de un «río de oro»— que conllevaba la administración de la inhumación, la cual, por otra parte, figura entre los primordiales y más antiguos fines que recogen las ordenanzas de estas Cofradías que, como otras muchas, prestaban a sus miembros apoyo y socorro en los momentos de enfermedad y muerte.

Madrid contaba con dos cementerios generales, el proyectado por Villanueva (1809) llamado del Norte y el del Sur o de la Puerta de Toledo, sin embargo ambos dejaban mucho que desear a juicio de Madoz con cuya opinión coincidía la de Mesonero Romanos quien, en su conocido *Manual de Madrid*, habla de su construcción como «harto mezquina», careciendo «del ornato en sepulcros y monumentos elegantes, árboles y plantas...» que se veían en los cementerios de otros países. Como contrapartida, dice Madoz, aparece como consolador el aspecto «que ofrecen los que pertenecen a las sacramentales..., bellos cementerios» en los que recibían con «decoro» a los cadáveres.

No viene al caso hacer la historia detallada de estos cementerios, pero si diremos cuando menos que el llamado hoy de San Isidro es el más antiguo de Madrid dentro de los que se conservan. Situado junto a la Ermita de San Isidro, de la que toma el nombre, aquella que Goya incorporó a sus cuadros y cartones, se lee en su vieja entrada «Se construyó este cementerio a expensas de los individuos de la Real Archicofradía Sacramental de S. Pedro y San Andrés el año de 1811», esto es, durante la triste ocupación francesa que, sin embargo, señala la definitiva puesta en práctica de la vieja legislación que, datando de los años de Carlos III, limitaba los enterramientos en el interior de las ciudades.

El primer núcleo del cementerio de San Isidro, de pobre arquitectura pero pleno de recuerdos a través de los nombres de sus lápidas (familia de Goya, duquesa de Alba, Campomanes, Vicente López, etc.), dió paso a otra de porte más monumental, auténtico encuentro de las arquitecturas más diversas, ciudad analógica por excelencia, para, finalmente, conocer una tercera fase en la que de nuevo la expresión se hace más pobre y actual. Da la impresión de que el sentimiento romántico que embarga el ánimo de gran parte del siglo XIX supo hallar la expresión adecuada para resolver un tema arquitectónico, el del panteón, como después no hemos sabido, querido o podido emular.

En otra ocasión, al referirme a las Sacramentales de Madrid, decía acerca de la organización del cementerio de San Isidro, el cual bien puede tomarse como prototipo de cementerio decimonónico, que tal y como ha llegado a nosotros ofrece tres partes bien definidas que traducen, a su vez, tres momentos muy distintos, tanto en el orden religioso como social o de simple expresión estética. La parte más antigua la componen tres patios cerrados con un claro sentido claustral y de recogimiento, donde cabe percibir un sentimiento de igualdad ante la muerte. Como en los claustros monásticos también el ciprés, emergiendo por encima de su cintura, se convierte en el elemento de unión entre el cielo y la tierra.

La segunda zona es, por el contrario, una auténtica necrópolis en el sentido más literal del término, es decir, una verdadera «ciudad de los muertos», bien trazada, con sus avenidas, calles, encuentros, plazas y plazuelas, sobre las que se levantan magníficas construcciones de toda índole, pujantes, ostentosas y en clara rivalidad. No basta aquí aquel sentimiento colectivo ante la muerte de los primeros patios, sino que el individualismo se afirma con una fuerza evidente a través de las que se llamaban sepulturas de distinción. No es suficiente ahora una simple lápida sobre un nicho de los primeros claustros, sino que en un deseo inútil de perdurar, la alta sociedad que vivió en los mejores palacetes del Madrid de Isabel II, levantó aquí su última morada en un acto de afirmación aristocrática. Diríase que lo religioso cede en esta zona del cementerio ante un sentimiento epicúreo de buen burgués.

Finalmente, la última parte, la más moderna, la que permanece como cementerio «abierto» y por lo tanto expresa una sensibilidad que nos es rigurosamente contemporánea, demuestra una nueva actitud ante la muerte, sin duda pragmática y por ende olvidadiza. Es la zona que mejor sobrelleva el nombre de «campo santo» frente a la anterior «ciudad de los muertos» y los primeros «claustros» citados. Aquí se advierte, en efecto, la falta de volúmenes arquitectónicos, como si hubiésemos salido al campo. Aquí todo el cielo pesa por igual sobre la monótona serie de sepulturas demasiado frías por demasiado uniformes, por el predominio del granito gris, por la paradójica falta de emoción y vida, por el laconismo, en fin, de sus inscripciones. Pero no es esto lo más grave, sino que la parte monumental del cementerio, bien por la extinción y olvido de las familias, bien por una política de triste realojo, se están derribando magníficas piezas de arquitectura, esculturas, hierros, mosaicos, vidrieras, etc., afectando incluso al indispensable arbolado, para introducir otras desdichadas soluciones que están acabando con la posibilidad de que Madrid pueda contar con un hermoso jardín funerario a incorporar en su tejido histórico y cultural. Ya se perdió la ocasión con la destrucción de los Cementerios de San Luis y San Nicolás y si no se pone remedio pronto sucederá otro tanto con las Sacramentales y el Cementerio de los Ingleses al otro lado del Manzanares.

Del cementerio de San Isidro, Repullés ha seleccionado una serie de

panteones debidos a arquitectos que en Madrid habían dejado una obra singular, sea el caso de Joaquín de la Concha, el autor de la fachada definitiva del Teatro Real —hoy destruida—; Segundo de Lema, a quien se debe el mutilado palacio de Zabálburu y el panteón de Infantes en el Monasterio de El Escorial; Alejandro Herrero, uno de los arquitectos del Banco de España; Pascual Herráiz y Silo, al que se debe el palacio del marqués de Villamejor que luego vino a ser la sede de la Presidencia del Consejo en la Castellana; Enrique Fort, prolífico arquitecto con obras como el colegio de La Salle y el I.C.A.I.; Vicente Miranda, el hombre que restauró, posiblemente en exceso, la iglesia abulense de San Vicente a raíz de su declaración, en 1882, como Monumento Nacional; y Arturo Mélida, figura excepcional cuyo interés desborda lo estrictamente arquitectónico para acercarse con fuerza a la escultura, a la pintura, al vidrio, hierro, encuadernación, etc. Su obra más popular en Madrid es el Monumento a Colón, que habiendo perdido su enclave original, el jardín y verja circundantes, así como la relación de escala con la también desaparecida arquitectura de su entorno, resta hoy como incongruente «adorno» de una detestable área urbana. Su panteón en San Isidro para los marqueses de Amboage, causó cierto escándalo por haber osado interpretar en hierro una aguja gótica calada, siendo esta obra una de las más admirables de todo el recinto no sólo por la idea sino por la sabiduría con que supo hermanar los distintos materiales, en los que el color juega un papel fundamental.

Los estilos de estos panteones muestran la versátil situación por la que atraviesa la arquitectura en estos años, ávida por encontrar una fórmula capaz en la que pudieran darse cita el pasado y el presente, con la suficiente ambigüedad como para no renegar de ninguna de las dos referencias. Ello resultaba posible gracias a ese mágico catalizador que llamamos, que llamaron, eclecticismo. Las observaciones que sobre estos aspectos hace Repullés son de un gran interés pues se trata de un testimonio contemporáneo al que hemos de escuchar.

Añadamos finalmente que además de los arquitectos que trabajaron en San Isidro o en las otras dos Sacramentales a las que se refiere Repullés, es decir, San Lorenzo y San Justo, tales como Aguado de la Sierra, el autor de la Real Academia de la Lengua, Rodríguez Ayuso, el padre del neomodéjar desde que proyectó la desaparecida Plaza de Toros que sirvió de modelo a todas cuantas le siguieron, Jesús Carrasco, Abreu, etc, al margen de ellos, decimos, hay un buen grupo de excelentes escultores. Baste recordar el nombre de Ricardo Bellver o el de Aniceto Marinas, sin olvidar a los italianos como los Romanelli, Magnani, Luchetti, etc. A ellos habría que sumar, a su vez, los nombres de cerrajeros, vidrieros y demás oficios que hicieron de estos conjuntos un rico capítulo de la Historia del Arte, en realidad el último que con rigor cabe llamar arte funerario, hoy ciertamente extinguido como tal y en trance de desaparecer sus propios testimonios.

Por último, si se me permite una particular valoración sobre los panteo-

nes seleccionados por Repullés, a mi juicio, el que conserva intacta su inicial frescura y muestra mayor originalidad es el proyectado por Rodríguez Ayuso, para la familia Gassó, en el cementerio de San Lorenzo. Si bien es cierto que hay allí ecos de la arquitectura egipcia, como ya advierte Repullés, éste mismo reconoce en él «un estilo peculiar», pues es más lo que aporta que lo que imita. Lo egipcio es tan sólo un aliento que Ayuso incorpora a una dura y bella volumetría, la cual contrasta con la delicadeza de la decoración incisa sobre el granito. Sus leves sombras grabadas en hueco contrapuntean aquella más densa que alberga el templete, a modo de sutil e inmaterial símbolo funerario.

P.N.P.

*** RELACION DE OBRAS PUBLICADAS POR
LA BIBLIOTECA DEL «RESUMEN DE ARQUITECTURA»:**

- S. Castellanos y E. M^a Repullés: *Biografía y obras arquitectónicas de Emilio Rodríguez Ayuso*, Madrid, 1892 (Se trata de una publicación hecha por suscripción entre los compañeros de Ayuso a raíz de su muerte, y aunque no es propiamente de la Biblioteca del «Resumen de Arquitectura», la edición fue acordada por la Sociedad Central de Arquitectos, convirtiéndose así en el modelo editorial de las futuras monografías de dicha colección, repitiendo la cuidada encuadernación, formato, papel, impresión y fototipias de Hauser y Menet).
- J. B. Lázaro: *Ermita de Santa Cristina de Lena. Reseña de las obras hechas para su restauración*, Madrid, 1894.
- E. M^a Repullés: *Edificio para las facultades de Medicina y Ciencias en Zaragoza. Proyecto y dirección de Ricardo Magdalena*, Madrid, 1894.
- E. M^a Repullés: *La Basílica de los Santos Mártires Vicente, Sabina y Cristeta en Avila*, Madrid, 1894.
- D. de los Ríos: *La Catedral de León*, Madrid, 1895 (2 vols.) [De esta obra existe una reproducción facsímil publicada por la Diputación de León, en 1989, con estudio preliminar de J. Rivera y J.L. Arrechea.]
- E. M^a Repullés: *Escuela de Ingenieros de Minas*, Madrid, 1897.
- L. Pulido y T. Díaz: *Biografía de D. Ventura Rodríguez Tizón como arquitecto y restaurador del arte clásico en España*, Madrid, 1898.
- E. M^a Repullés: *Panteones y sepulcros en los cementerios de Madrid*, Madrid, 1898 [1899].